

mente el de la enseñanza del dibujo, que, para esto, no puede ser sustituido por otra forma de educación.

Al dibujar un objeto, nos vemos obligados a percibir en él un número considerable de sensaciones, que se habían escapado por completo a nuestra atención mientras sólo lo mirábamos, y aún, sin una sabia dirección del maestro, no puede aprenderse a observarlos todos.

Cuanto nos dedicamos a la enseñanza de las Ciencias naturales hemos de tener muy en cuenta que, sin una previa educación, nunca apreciamos cómo es un objeto en su conjunto y en sus detalles si no intentamos dibujarlo. Un ser de la Naturaleza, una pieza anatómica o una preparación micrográfica, por ejemplo, que presentamos ante un alumno, jamás es realmente vista por él, en toda su integridad, con solamente mirarla. En cambio, la ve tras alguna dificultad, cuando se le obliga a que la dibuje. Después, con la práctica de mirar dibujando, se llega a *aprender a ver*.

Esto es cosa de la mayor importancia para todo progreso intelectual. Basta considerar que no tenemos otros elementos de conocimiento que aquellos adquiridos por nuestros órganos de los sentidos. La inteligencia opera únicamente con los datos de las sensaciones. Si aumentamos el caudal de lo percibido, aumentaremos la cantidad de elementos para operar cerebralmente y, por tanto, nuestro caudal intelectual. De todos los sentidos, es el de la vista el que puede proporcionarnos mayor número de aquellos elementos y, por consiguiente, el que de preferencia debe ser educado.

Claro es que, considerada bajo este punto de vista, a la enseñanza del dibujo no se le concede interés como arte bello, sino únicamente como arte de reproducir en un plano la sensación, que, también en un plano, nos da nuestra retina. Porque la práctica del dibujo no solamente nos hace ver todo lo que con atención miramos, sino que nos adiestra en aquella reproducción con el lápiz o con la pluma, y por tanto, en representar

